

ANIVERSARIO DE EMMANUEL KANT

(EN EL SENTIDO DE NUESTRO TIEMPO)

Hace cincuenta años, en dos artículos escritos con su estilo vivo, peculiar, lleno de sugerencias actualizantes, Ortega y Gasset conmemoraba con brillantez el segundo centenario del nacimiento de Emmanuel Kant, el gran filósofo alemán, instaurador de una nueva gran edad de la metafísica. Había un amplio despliegue de confesión personal en los breves escritos de Ortega. Confesión que tantos pensadores, anteriores o posteriores a él, podrían hacer suya: «Durante diez años he vivido dentro del pensamiento kantiano: lo he respirado como una atmósfera y ha sido a la vez mi casa y mi prisión. Yo dudo mucho que quien no haya hecho cosa parecida, pueda ver con claridad el sentido de nuestro tiempo».

En efecto, en el sentido de nuestro tiempo conviene celebrar ahora el cuarto de milenio del nacimiento de Kant. Poderosa figura de la filosofía moderna, que hace que el esfuerzo metafísico de la Europa de estos últimos doscientos cincuenta años se sitúe con absoluta dignidad a la altura de la filosofía griega. La obra de Kant es de ingente arquitectura. Dentro de ella el filósofo de Königsberg instaura una filosofía de nuevo cuño y de nuevo carácter. Kant se nos ofrece así como un filósofo que a pesar de sus temores de que su obra no fuera comprendida, se le ha distinguido siempre, por la «incorruptible claridad de su pensamiento y su palabra», como hubo de decir su máximo admirador de los tiempos que corren: Martín Heidegger. Pero Kant no se hacía ilusiones grandes en este sentido. En uno de sus últimos coloquios decía: «He llegado, con mis escritos, anticipándome con un siglo al momento que debía ser mío. Solamente dentro de cien años, empezarán a comprenderme correctamente y entonces se estudiarán mis libros y se reconocerá mi valor». Nadie ha visto un acto de vanidad o de amargura en estos términos. Era una idea clara, serena, de lo que significaba el momento kantiano de la filosofía. Lo cierto es que nadie, nunca, desde que apareciera su obra, hasta hoy en plena crisis «superadora» de la metafísica que su propia síntesis de razón pura y razón práctica anticipara, ha ignorado o dejado de tomar actitud, en los dominios del pensar, ante el genio de Kant, cuyo brillo es comparable sólo al momento culminante de la meta-

física griega. Heidegger calcula que a la muerte de Kant, en 1804, los escritos polémicos en torno a sus ideas habían llegado a unos dos mil. «Kant ha alimentado, decía el poeta Schiller, como un rico dadivoso, a un gran número de mendigos». Mendigos ilustres algunos, como Hegel y la gran generación de filósofos de su tiempo, Fichte, Schelling, Schopenhauer. Ante ellos, la obra del profesor de Königsberg permanecía como una fortaleza siempre erguida, «inconquistable». Una fortaleza construida con enorme lentitud por el gran solitario de la marca oriental germana. Téngase para ello en cuenta solamente el hecho de que su obra fundamental Kant la escribió no a la manera de Pascal o Heidegger, antes de los cuarenta años, sino a la manera de Platón, en la edad más que madura, avanzada. El filósofo la emprende cuando había madurado todos los saberes, conocedor absoluto, crítico y capaz de revolucionar en lo profundo toda la filosofía anterior. Capaz de dar una vuelta auténticamente copernicana a la metafísica. La *Crítica de la razón pura* es del año 1781, cuando Kant tenía cincuenta y siete años, con una edición que lleva importantes elaboradas modificaciones del 1787. Su obra de ética centrada en *Fundamentos de metafísica de las costumbres* es del 1785 y la *Crítica de la razón práctica* es del 1788, y la *Crítica del juicio* del 1790. Ética, estética y metafísica son los elementos que integran el gran sistema del saber kantiano. Sistema del saber que marca un momento central en la historia de la filosofía. Así, la metafísica puede perfectamente repartir su esfuerzo creador en dos etapas decisivas, que no implican, por otra parte, exclusiones ni falta de coordinación: antes de Kant y después de Kant. Pero lo que impresiona sin duda, por encima de todo, en el sistema del saber kantiano, es su portentosa mole y su solidez arquitectónica. Por ello no es de extrañar que ora se la identifica con la ontología misma, viéndose en ella la filosofía del ser. Ora con la antropología, que define su radical modernidad. Ora con la estética trascendental que define la capacidad creadora del hombre. Ora con la ética, la teología y la filosofía política, que justifica la fundamentación kantiana de la actual arrolladora filosofía de la *praxis*. Se ha dicho que Kant ha formulado sus grandes preguntas y cuestiones filosóficas con el marco amplio de la teología filosófica. El marco vale, con todo, tanto como vale el marco de la utopía filosófica de Platón, para los ideas del gran filósofo griego.

El idealismo alemán no fue el solo momento que giró en torno a Kant. Medio siglo más tarde, la actitud que la filosofía adoptara contra este idealismo y contra el positivismo fue como una reactualización de Kant. El «retorno a Kant» ha sido algo constante en la filosofía del último siglo y medio. Retornos sucesivos a Kant, han continuado hasta ahora, y en ellos, por más paradójico que parezca, ha ido implícita la destrucción misma de la metafísica.

Instaurador de una nueva era del pensamiento, Kant aparece así como un no menos patente destructor de lo que parecía esencial en la filosofía de Occidente: su *instauración metafísica*.

Esta instauración Kant mismo la realiza en su obra. La hace haciendo que su pregunta filosófica sea una pregunta sobre el hombre. ¿Qué es el hombre? Algo que hace que para Kant mismo la filosofía no se pierda en la especulación pura, sino que sea algo que suene también a un ideal tardío de transformación del mundo. Algo tan completo, que Goethe mismo llegará a identificar la filosofía de Kant con un «espacio totalmente iluminado».

TEORÍA DE LA REALIDAD

Este carácter de una filosofía instaurada en unos términos que no permanecen en la especulación pura, arranca, en Kant, de su teoría de la realidad. La cuestión la capta con mano segura Heidegger (1) al analizar la filosofía de Kant en relación con el concepto de «cosa». «Realidad (*Realität*) significa para Kant ya no lo que existe efectivamente (*Wirklichkeit*), sino lo que pertenece a la cosa (*Sachheit*). Un predicado real es el que forma parte del contenido positivo de una cosa y que puede serle atribuido. Y el contenido positivo de una cosa nosotros lo representamos en su concepto. Nosotros podemos representarnos lo que designa la palabra "una piedra" sin que lo que es así representado deba existir realmente como una piedra que se halla allí, ante nosotros». En otro lugar, Heidegger pone el acento sobre el lugar central que ocupa el concepto de «cosa» en la filosofía de Kant. «La determinación de la esencia de la cosa no es un accesorio contingente de la filosofía de Kant; la determinación de la coseidad de la cosa es el centro de la metafísica». Tan central aparece esta cuestión, que de ella arranca la verdadera interpretación de la obra de Kant y que en cierto modo toda la historia de la filosofía gira, en este sentido, alrededor de la filosofía kantiana. Al tratarse de la pregunta en torno a «lo que es una cosa» es, en la filosofía, «solamente Kant» el que tiene la palabra. Tan importante es, en este sentido, su aportación, sobre todo si nos referimos al lugar central que ocupa en la historia de la filosofía su obra maestra: *Crítica de la razón pura*.

El concepto de *cosa* nos lleva a la obra capital de Kant que es la *Crítica de la razón pura*. Obra que tiene en cuenta todo lo que la filosofía en su

(1) Cfr. HEIDEGGER: *Kants These über das Sein*, Vittorio Klostermann, Frankfurt a. Main, 1963 (ed. francesa *Questions II*, Gallimard, 1968, pág. 79); *Die Frage nach den Ding*, Max Niemeyer Verlag, Tübingen, 1962 (ed. francesa *Clu'est-ce qu'une chose?*, Gallimard, París, 1971).

más amplia magnitud, aporta a la filosofía de la realidad. Allí está, en su completo despliegue, el conocimiento físico-matemático de la naturaleza y una interpretación metafísica que es «principalmente distinta de todas las que la precedieron y la siguieron, a saber superior a todas» (Heidegger). Así, Kant alcanza a formular una teoría de la realidad tan completa, tan desconcertante por su hondura y alcance, por la elaboración conceptual, que pocos logran comprenderla tanto en su tiempo de glorioso despliegue mental, como en las épocas sucesivas. En estos términos sigue siendo actual la propia admonición de Kant: «Un día mis libros serán estudiados y se apreciará su valor». Eterna inagotabilidad creadora de una obra, que empujará al mismo Heidegger a esta exclamación admirativa, en plena gloria de su propio despliegue filosófico: «La *Critica de la razón pura* de Kant pertenece a estas obras de filosofía que, mientras haya filosofía en esta tierra, tornan a ser cada día inagotables». Pero por encima de todo está la *modernidad* de esta obra. Teoría de la *realidad* en términos de *modernidad*, es este nuevo, inagotable sistema del saber, que une, como se ha observado, la «experiencia del trabajo» y la «metafísica» en cuanto «proyecto fundamental del ser». La ciencia moderna, experimental y matemática en su esencia, se integra en la metafísica y en común destino con la metafísica integra una moderna *teoría de la realidad*. Allí está la gran presencia de Kant, su gran puesto en la historia de la filosofía: Pensar en términos de realidad. Para ello, Kant instaura una interpretación metafísica de la realidad «principalmente distinta a todas las que le precedieron o sucedieron», a saber, «superior a todas ellas» (Heidegger). Se trata de una interpretación crítica que garantiza el carácter *matemático* (fundamental de la metafísica moderna». Para asegurar su conquista metafísica de la realidad, Kant procede según una estrategia perfectamente concertada. Esta estrategia se funda en la unidad sistemática de los principios del entendimiento puro. Para ello traza su «sistema de todos los principios del entendimiento puro». Ahí está su analítica trascendental, su concepto de la experiencia sensible, su teoría del conocimiento y la intuición, de la lógica y el juicio, su teoría de los juicios sintéticos *a priori* y *a posteriori* del principio de contradicción, de las categorías (cantidad, cualidad, modalidad, *limitatio*, espacio-tiempo, unidad, pluralidad).

La personalidad de Kant se revela a sí misma en la tensión de la búsqueda. «Yo soy por mi propio impulso un ser que busca. Siento toda la sed de conocimiento y la inquietud ávida de progresar, al mismo tiempo que la satisfacción que proporciona toda adquisición». Pero su búsqueda de los secretos de la realidad no es algo que sólo se circunscribe al ámbito del conocimiento matemático. El mundo de la afectividad y la imaginación le atrae igualmente. Por ello ve como dos luces que iluminan igualmente su siglo

a Newton y a Rousseau (2). La modernidad del despliegue plural de la filosofía de Kant se manifiesta siempre. Esta pluralidad hace que «las fuentes teóricas» y las «fuentes prácticas» del conocimiento se combinen en una unidad racional trascendente. En esta teoría de la realidad no cabe una alienación del hombre, tal como emana de la filosofía de Hegel. Toda función pragmática que se presta a la alienación, encuentra una salida superior en la majestad de los principios éticos y de la filosofía pura, en el encuentro de sí mismo y de los demás, en la capacidad de trascendencia que emana del sentido mismo del límite, tan arraigado en el pensamiento de Kant como lo fuera en la mentalidad y sabiduría griegas.

Razón teórica y razón práctica, encuentran en la metafísica de Kant puntos de culminación y plenitud múltiples. El más sugestivo acaso, en el contexto de una moderna teoría de la realidad, es el que determina en el sistema kantiano, la imaginación trascendental. Condicionada por el problema de la libertad, la razón teórica trasvasa su esencia en la razón práctica. Es el reconocimiento implícito de su propia finitud, la famosa *limitatio* kantiana. Y el punto de encuentro real entre ambas razones es precisamente la imaginación trascendental (3), esta «posibilidad estructural de la trascendencia». Algo que difícilmente ha de consentir, la reducción de la metafísica kantiana a una ontología fundamental, o a una analítica y dialéctica trascendentales, que el problema de la finitud lleva a la «prisión» de la «apariencia trascendental». En estas reducciones se debate el propio Heidegger, en dramática tensión entre verdad, finitud y no verdad, apelando una vez más a la virtud libertadora de la «Aletheia». Capacidad de captar intuitivamente la realidad «incluso sin la presencia de la cosa», la imaginación trascendental desempeña un papel creador por excelencia, que no conviene limitar, en el espíritu de la metafísica kantiana, a una función ontológica. Su propia ambigüedad, le concede una fecunda función creadora, fruto de la sensibilidad, la receptividad y la espontaneidad, que a través de ella se integran en el entendimiento. Despliegue de la facultad creadora y del genio, la imaginación trascendental fundamenta una teoría de la realidad, que en la idea de la finitud del hombre descubre la fuente misma de la verdad. Una teoría de la realidad que, kantianamente, a través de la imaginación trascendental

(2) Cfr. LOUIS GUILLERMIT: «Emmanuel Kant et la Philosophie critique», en *La Philosophie et l'Histoire, 1780 a 1880*, Hachette, París, 1973, págs. 19 y sigs.

(3) Cfr. M. HEIDEGGER: *Kant und das Problem der Metaphysik*, Vittorio Klostermann, Frankfurt am Main, 1975, págs. 170 y sigs. (ejemplar con fecha anticipada enviado por MARTIN HEIDEGGER al autor del presente artículo).

supera las limitaciones de una ética y lógica trascendentales, en el espíritu de esta fascinante hermenéutica de Heidegger: «La imaginación trascendental no tiene patria».

FUNCIÓN LEGISLADORA DE LA FILOSOFÍA

Con este espíritu que bebe en las fuentes de la espontaneidad y la afectividad, de la imaginación creadora, se proyecta la ejemplaridad de la obra de Kant, en la realidad que nos envuelve. Platónicamente, la misma realidad política se refleja en ella. A Kant, como a Platón, la realidad política no le fue extraña. En el espíritu de la razón pura y la razón práctica, de la imaginación trascendental y la estética trascendental, acercóse Kant a la política entendida en su radical eticidad, al Derecho, a la paz, a la guerra.

Los avatares de la política, a partir de la Ilustración, marcan un rumbo radicalmente nuevo en esta noble e integradora actividad del hombre. Es ésta una gran novedad, que tiene sus raíces en otra crítica en el campo de la especulación filosófica.

El gran instaurador de esta etapa de la humanidad fue Emmanuel Kant. Impresionante es el edificio, la «arquitectónica» como se complace en llamarla el propio Kant, de este sistema crítico de la filosofía. La gran teoría de la modernidad que se inicia con Kant se despliega ampliamente a partir de este momento que no tiene par en la anterior historia de la filosofía. En este sentido, su filosofía es, radicalmente, absoluta eticidad, hondura teológica, empresa ontológica, pero algo más, mejor, más concreto e inmediato. Y en ello estriba su gran originalidad. Es razón práctica, espíritu crítico, libre, abierto, público, así proclamado en el planteamiento crítico radical de su razón pura. La radical eticidad de Kant proclama el contenido pragmático de la idea de valor. Pero esta radical eticidad y pragmaticidad, Kant la confía, platónicamente, al filósofo legislador. Es tarea metafísica de innegable nobleza, que nada tiene que ver con la degradación histórico-ideológica posterior de la llamada filosofía de la *praxis*. Nacida sin duda como consecuencia degradante históricamente inevitable de la razón práctica kantiana, esta filosofía de la *praxis* excluye el triunfo concreto de la idea de valor y reedita para un tiempo enormemente complicado, la escéptica aventura de los sofistas. Entre la filosofía de la *praxis* y el nihilismo planetario invadente, las conexiones son lógicas y naturales.

Todo ello descansa, en el espíritu crítico de la razón pura, en la *función legisladora* de la filosofía. A través de su legislación crítica, la filosofía brinda leyes a la naturaleza y la libertad. Bella es la afirmación fundamental de Kant

en este sentido: a través de la crítica, a la razón se la incita a «emprender de nuevo la más ardua de sus misiones, a saber, el conocimiento de sí mismo y de instituir un tribunal que la garantice en sus pretensiones legítimas y pueda por añadidura condenar todas sus usurpaciones sin fundamento».

La razón, instaurada como legisladora suprema, significa la no menos patente instauración del espíritu crítico. El examen crítico es, para Kant, la garantía de la dignidad de la filosofía, la vida, la convivencia política. «Examen libre y público a través de la razón». La tensión y el ritmo de la política descansa sólidamente en este principio. El plano real de la política está aquí. Examen crítico de cara al mundo. En cuanto actividad respetuosa con este principio, la política es algo que rige, está en pie, funciona. Es tensión y ritmo dinámico. Al contrario es presa de las sociedades secretas, los grupos de presión o la persuasión clandestina, para emplear términos caros a una sociedad en crisis como la nuestra.

FILOSOFÍA CRÍTICA. PREGUNTA EN TORNO AL HOMBRE

El sistema del saber kantiano es, por su propia «arquitectónica», un sistema fundacional y regulador de la mentalidad moderna. Su teoría crítica de la realidad, la instauración antropológica de la metafísica, su concepción ética, ofrecen el marco más completo en este sentido. La comprensión metafísica del mundo moderno es una comprensión radicalmente kantiana. La ciencia natural y la ciencia social participan por igual de esta comprensión. Los sucesivos retornos a Kant marcan la recuperación de la conciencia de esta comprensión. Así lo vio en su día Dilthey, en su crítica de la metafísica idealista, así lo pudo manifestar con gran éxito la escuela de Marburgo. Así lo pone de manifiesto hoy un filósofo como Heidegger. La *teoría de la modernidad* arranca de la filosofía crítica de Kant. Sólo sucesivos nominalismos escolásticos pueden apartarse de este reconocimiento básico de la permanencia de Kant. Espectacular apartamiento nominalista es la actual concepción antropológica estructuralista. En Kant y su instauración antropológica de la metafísica, Foucault ve, ni más ni menos, que una ruptura de la «mathesis» universal a saber de un proyecto filosófico unitario. En su singular «nostalgia» por la época clásica de la filosofía, Foucault escribe: «En la época de Descartes o de Leibniz, la transparencia recíproca del saber y la filosofía era entera, al punto de que la universalización del saber en un pensamiento filosófico no exigía un modo de reflexión específico. A partir de Kant, el problema es del todo diferente; el saber ya no puede desplegarse sobre un fondo de unidad y unificador de una "mathesis". De un lado se plantea el pro-

blema de las relaciones entre el campo formal y el campo trascendental (a este nivel todos los contenidos empíricos del saber están colocados entre paréntesis y permanecen en suspenso de toda validez); y, de otro lado, se plantea el problema de los nexos entre el dominio de lo empírico y el fundamento trascendental del conocimiento» (*Les Mots et les choses*, Ed. Gallimard, París, 1966, pág. 266). El dogmatismo estructuralista se enfrenta así con la teoría de la realidad de Kant, en nombre de un nuevo formalismo. Se levanta contra el «sueño antropológico» acusado de sueño dogmático, y parte del «vacío del hombre desaparecido».

Pero la pregunta antropológica de Kant está allí reconocida como tal, cual pregunta instauradora de la metafísica moderna. Esta metafísica que sirve de marco y fundamento de la nueva teoría de la realidad. Pregunta crítica, esta pregunta fundacional de Kant, «Was ist der Mensch?» (¿Qué cosa es el hombre?) que conmueve aún la metafísica actual, en sus debates de superación, en la pleamar del nihilismo. ¿Degradación crítica? ¿Derrumbamiento del edificio arquitectónico que Kant creara? ¿Radical falta de seguridad en la fundamentación ética que Kant considera una base firme de su poderoso edificio? Lo cierto es que la crisis de la metafísica está fuera del planteamiento kantiano. En este planteamiento la firmeza arquitectónica arraiga de una teoría de la realidad que es la gran originalidad de Kant. Lo real y la realidad en Kant no son el conjunto de hechos empíricos, sino lo que pertenece al contenido positivo de las cosas. La *praxis* y la facticidad en el despliegue del pensamiento ulterior ha degradado esta teoría de la realidad y ha puesto en entredicho la legitimidad de la metafísica misma. La superación de la metafísica, la «Umhebung» hegeliana, inicia este proceso, abriendo así el camino a la filosofía de la *praxis*, arrolladora, invadente, con toda su carga de dogmatismo y formalismo apartado de las exigencias de la razón crítica. Estamos muy lejos de la seguridad con que Kant establecía la articulación entre pensamiento y ser, entre posibilidad, realidad y su fundamento: «El fundamento de la distinción necesaria e inevitable para el entendimiento humano, entre la posibilidad y la realidad de las cosas se halla en el sujeto y en la naturaleza de su poder de conocimiento».

Las tres críticas fundamentales de Kant, de la razón pura, de la razón práctica y del juicio, servirán de base, cien años más tarde, para que Dilthey formule su *Crítica de la razón histórica* y su crítica de la metafísica idealista. Una vez más, el influjo de Kant recobraba caracteres instauradores, beneficiarias más importantes de ello siendo las llamadas *ciencias del espíritu*. La permanencia de Kant se debe, por otra parte, a su firme convicción de la fuerza de la metafísica. Así lo proclama él en su *Crítica de la razón pura*. «Para todos los hombres, desde que en ellos la razón se elevara hasta la especula-

ción, ha habido una metafísica y nunca dejará de haberla». Para proseguir, en una aseveración ejemplar para los tiempos que corren: «Incluso en los tiempos en que todas las demás ciencias juntas hubieran de sumergirse en el abismo de la barbarie que devastaría todo, ella subsistiría aún». Pero la firmeza de esta convicción descansa en el carácter racional, crítico del conocimiento y en su identidad con el conocimiento *a priori*. En la idea de que la metafísica garantiza el que el conocimiento racional se eleve a través de los conceptos, por encima de lo que enseña la experiencia.

UN PRINCIPIO ARQUITECTÓNICO. IMAGINACIÓN CREADORA

Un principio arquitectónico, un principio racional y crítico, y un principio trascendental de la imaginación creadora, se combinan en una construcción magistral de solidez sin par en la historia de la filosofía. El sistema del saber kantiano se despliega así, en su *teoría de la modernidad*. Todos los temas del mundo moderno están allí, desplegados en su verdad discursiva. Kojève discierne en él, en cuanto sistema del saber, tres preguntas fundamentales, mucho más amplias que la pregunta antropológica en sí, a la cual alude Heidegger en su estudio de la instauración metafísica kantiana, o los estructuralistas en su crítica nominalista. La primera pregunta es ésta: «¿Qué puedo yo decir como verdadero del mundo donde vivo y del cual hablo y que comprende, por consiguiente, entre otros, mi discurso y a mí mismo en cuanto *parlante* para decir la *verdad* sobre el mundo donde yo hablo, pero que él mismo no habla?» (4). Esta sería la pregunta ontológica, la primera pregunta de Kant. La segunda, es, como se ha observado siempre, exagerando su contenido hasta extremos que han justificado la aventura de la filosofía de la *praxis*, una pregunta antropológica. Kojève apela a la moral kantiana y a la «metafísica de las costumbres» (*Metaphysik der Sitten*), para formular, a su vez, esta segunda pregunta fundamental en Kant: «¿Qué debo yo hacer para triunfar (en un mundo, natural o histórico, *dado* o en vista de transformarlo por mi acción (de lucha o de trabajo)?». Lo que quiere decir también: «¿Cómo debo yo actuar en el mundo donde vivo para poder hablar de esta acción mía, a saber de mí mismo en cuanto sujeto operante (libremente), con la intención de decir la *verdad* y sin deber *contra-decirme* cuando hablo, con la misma intención, de este mismo mundo y de mí en cuanto ser *parlante*?». La tercera cuestión es algo que debe recibir una respuesta última. Ella plantea el destino trascendental del hombre. Kojève pretende

(4) Cfr. A. KOJÈVE: *Kant*, Gallimard, París, 1973, pág. 55.

encerrarla en los límites del sistema del saber y del discurso, en una espera sin esperanza, donde al filósofo le es imposible ser sabio. La cuestión nos lleva, con todo, a la metodología kantiana. A la estructura sistemática de su «arquitectónica». La «arquitectónica de la razón pura». En su exposición clara y distinta: «Yo entiendo por una arquitectónica el arte de los sistemas. Habida cuenta de que la unidad sistemática es lo que transforma en primer lugar el conocimiento vulgar en ciencia a saber, que convierte un simple agregado de tal conocimiento en un sistema, la arquitectónica es la doctrina de lo científico en nuestro conocimiento en cuanto tal y ella pertenece necesariamente a la metodología». El sistema kantiano es considerado arquitectónicamente, como unidad de conocimientos múltiples. Es discurso, idea, totalidad, *logos*. Pero es, al mismo tiempo, «legislación de la raza humana» sobre la naturaleza —*Physis*— y la libertad. La claridad con que Kant enuncia el despliegue de su sistema es impresionante: «La filosofía de la naturaleza se refiere a todo lo que es. La filosofía de las costumbres solamente a lo que *debe ser*. Ahora bien, toda filosofía es, sea conocimiento a partir de la razón pura, sea conocimiento racional a partir de principios empíricos. La primera se llama filosofía pura. La segunda *empírica*. Por primera vez, la metafísica pura hace un cuerpo con la metafísica práctica. Naturaleza y libertad integran el objeto de la filosofía, lo especulativo y lo pragmático se abren a la totalidad de una ordenación discursiva en términos metafísicos. Todo ello, iluminado por la fuerza esclarecedora de las tres críticas: de la razón pura, de la razón práctica, del juicio. La verdad colocada en el horizonte de la «Aufklärung» en un siglo «que es esencialmente el siglo de la crítica, a la cual es preciso que todo se someta. Al pretender en forma corriente sustraerse a ello, la religión en nombre de la santidad, la legislación en nombre de su majestad no hacen sino abrir sus flancos a una suspicacia legítima y renunciar a alcanzar el respeto claro que la razón no concede más que a lo que pueda sostener su libre y público examen». Ortega, post-kantiano, formado a la sombra de los filósofos alemanes que, en torno al 1870, redescubren a Kant, pretende centrar las tres críticas de Kant, en la crítica de la razón práctica y con ello descubrir las fuentes de la «razón vital». Sin que haya mucha convicción en las fuentes de Ortega, merece la pena aludir a sus reflexiones, hechas en 1924, precisamente en el centenario de Kant (cfr. Ortega y Gasset: *Kant, Hegel, Dilthey*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, col. El Arquero, 1973). Con esta aparente falta de convicción, Ortega escribía entonces cosas como éstas: «Pero he aquí que Kant proclama el *primado de la razón práctica sobre la teórica* (op. cit., pág. 15). Para concluir, en el mismo tono: «¿Qué es, hablando con precisión y lealtad, la "razón práctica", esa razón que a diferencia de la teórica es "incondicionada", absoluta, bien que vá-

lida sólo para el sujeto como tal y no para las cosas de la ciencia física ni de la metafísica?». La razón práctica consiste en que el sujeto (moral) se determine a sí mismo absolutamente pero... ¿no es esto «nuestra vida» como tal? Mi vivir consiste en actitudes últimas-no parciales, especiales, más o menos ficticias, como las actitudes *sensu stricto* teoréticas. Toda vida es *incondicional e incondicionada*. ¿Resultaría ahora que bajo la especie de «razón pura» Kant descubre la razón vital? (op. cit., págs. 65-66).

DESPERTAR DEL SUEÑO DOGMÁTICO. ESPÍRITU DE LA «AUFKLÄRUNG»

A través de la razón, crítica y libre, Kant logra despertar del «sueño dogmático» de la filosofía. ¿Cómo lo logra? Una vez más su testimonio lo proclama. Descubriendo el valor crítico de las antinomias, el valor esencial de la libertad del hombre, el valor epistemológico de las categorías *a priori* y de la síntesis como método de juicio. Todo, en el espíritu de la «Aufklärung». Juicio libre, discusión pública y abierta. La publicidad es algo esencial en los asuntos del pensamiento, como en los asuntos públicos. Ni la filosofía ni la política pueden beneficiarse de las sociedades secretas, la disimulación. Esta última, «la disimulación» construye el mecanismo mismo de la «inmoralidad». Esta es la radical eticidad de la filosofía de Kant. Pensar por sí mismo. Pensar en común. Colocarse a sí mismo en el lugar del «otro». Fundar como objetivo de la razón pura el principio de la libertad planteada como posible y problemática. Demostrar que la razón pura, liberada de los condicionamientos empíricos, puede proyectar la libertad en la realidad, mediante su despliegue en la razón práctica. Así, naturaleza y libertad alcanzan la dignidad de la comprensión metafísica mediante la unidad kantiana de las tres críticas. Las «categorías de la naturaleza» y las «categorías de la libertad» se integran recíprocamente mediante las «categorías del entendimiento». La metafísica alcanza así, a su vez, dignidad de ciencia proclamando la majestad de un «edificio moral» construido por el pensamiento, soslayando y superando «la supremacía del poder práctico de la razón». Pero alcanza en igual medida una «unidad interna» en un sistema que Kant proclama explícitamente en su «sistema de principios de la razón pura». A través de la crítica, Kant asegura la racionalidad de la esencia de la razón. Unidad, plenitud interna, integración fundamental en un sistema. «Si en general existen en alguna parte principios, escribe Kant, solamente al entendimiento puro se lo debemos. Porque él no significa sólo el poder de las reglas en relación con lo que sucede, sino que él mismo es la fuente de los principios y es él el que obliga todo lo que no puede presentarse ante nosotros sino a título de objeto, a so-

meterse a reglas porque, sin estas reglas, los fenómenos no proporcionarían nunca el conocimiento de un objeto que le corresponde.

El filósofo de la razón pura, el legislador perfecto de la filosofía, nos aparece ahora en su plenitud. Plenitud que la crisis de la razón pura torna ejemplar y se proyecta en los dominios de la sabiduría que Kant, por otra parte, filósofo de la realidad y de la eticidad nunca pensó en excluir de la humana aventura del espíritu. Plenitud que justifica la actualidad de su «crítica de la razón práctica», uno de cuyos textos citados sirvió de epitafio a su tumba perdida hoy en las tinieblas que reinan *in partibus infidelium*. «El cielo estrellado encima de mí, la ley moral en mí, objetos de admiración y de veneración siempre nuevas y crecientes, a medida que la reflexión vuelve a ellos».

JORGE USCATESCU

R É S U M É

Le premier élément qu'il convient de souligner, lors du 250^{ième} anniversaire de la naissance de Emmanuel Kant, dans une époque comme la nôtre, de "supérotation" de la métaphysique et d'empire de la philosophie de la praxis, est peut-être cette "incorruptible clarté" dans laquelle se détache, à partir de notre propre perspective, la caractéristique essentielle de l'oeuvre et de la personnalité dominante du philosophe de Königsberg. Kant a été surtout un grand anticipateur. Lui-même affirmait s'être anticipé d'un siècle avec son oeuvre. "Dans cent ans seulement disait Kant, ils commenceront à bien me comprendre et alors mes livres seront étudiés et ma valeur reconnue".

La philosophie de Kant s'anticipe à notre temps car elle instaure le fondement d'une nouvelle Métaphysique qui peut être appelée Anthropologie. De là sa synthèse entre Théorie et Praxis, qui aura tant d'influence sur le développement de la pensée contemporaine et dans les répercussions de son Esthétique transcendante sur l'Éthique, la Théologie et la Philosophie politique modernes. Kant établit une nouvelle Théorie de la Réalité qui culmine dans sa Critique de la Raison pure, oeuvre dont on a écrit avec raison: "La Critique de la Raison pure, de Kant, appartient à ces oeuvres de philosophie qui, tant qu'il y aura de la philosophie sur cette terre, se feront plus riches de jour en jour". Théorie de la Réalité qui est en même temps une Théorie de la modernité, une Métaphysique de l'Être, tout ceci intégré dans un Système du Savoir "principalement distinct de tous ceux qui le précédèrent ou le succédèrent" dans un sens supérieur et valoratif du terme. Raison théori-

que et Raison pratique, trouvent dans la Métaphysique de Kant des points de culmination et de plénitude multiples. Le plus suggestif est peut-être, dans le contexte d'une moderne théorie de la réalité, celui qui détermine dans le système kantien, l'imagination transcendante.

L'architecture du système kantien surtout est impressionnante. Celle-ci inclut une nouvelle et radicale vision de la Politique conçue dans l'esprit nouveau d'une philosophie basée sur l'examen libre et public des idées et des choses. De cette façon, la raison pure acquiert une fonction législative. A travers la critique, on incite la raison à "entreprendre de nouveau la plus ardue de ses missions, c'est à dire la connaissance de soi-même et d'instituer un tribunal qui garantisse ses prétensions légitimes et puisse de plus condamner toutes ses usurpations sans fondement". Mais la plénitude de la Métaphysique ne consiste pas dans son ensemble à la critique de l'expérience concrète. Le caractère rationnel de la Métaphysique contribue, par l'imagination transcendante, à élever la connaissance rationnelle au travers des concepts et au-delà de ce qu'enseigne l'expérience. La Métaphysique de Kant combine la question ontologique avec la question anthropologique et la question relative au destin transcendantal de l'homme. Tout ceci dans le cadre de ce que Kant lui-même appelle "l'architecture de la raison pure", qui combine pleinement Discours, Idée, Totalité, Logos dans un authentique réveil de l'esprit du "sommeil dogmatique".

S U M M A R Y

The first thing to be emphasized, two hundred and fifty years after the birth of Immanuel Kant, in a period like our own that declares metaphysics "outdated" and acclaims the philosophy of praxis, is perhaps that "incorruptible clarity" which is seen from our particular vantage-point to be the essential feature of the work and character of the great Königsberg thinker. Kant was nothing if not ahead of his times, a fact of which he himself was well aware. "Only in a hundred years' time", he said, "will people begin to understand me properly and then my books will be studied and my worth be recognized".

Kant's philosophy anticipates the ideas of our day by establishing the basis of a new Metaphysics understood as Anthropology. Hence his synthesis between Theory and Praxis, which was to have so much effect on the development of contemporary thought and the repercussions of his transcendental Aesthetics in modern ethics, theology and political philosophy. Kant

produced a new theory of Reality which culminate in his "Critique of Pure Reason", a masterpiece that has rightly been described as "one of the few works of philosophy which, as long as there is philosophy on this earth, will never be exhausted". This theory of Reality is at the same time a theory of Modernity, a Metaphysic of Being, integrated into a system of knowledge "fundamentally different from all those which preceded it or would follow it", in a favourably comparative sense. Theoretical Reason and Practical Reason reach a level of finality and fulfilment at many points in Kant's Metaphysics. Perhaps the most striking of these, in the context of modern reality theory, is Kant's treatment of the transcendental imagination.

Especially impressive are the architectonics of Kant's system. These support a new and radical vision of Politics conceived in the new spirit of a philosophy based on the free and public examination of ideas and things. Pure Reason thus acquires a legislative function. Through criticism, reason is invited "to take on once more the hardest of its missions: self-knowledge and the setting up of a tribunal to guarantee its exercise in areas where it is competent and condemn its misuse in areas where it is not". But the criticism of specific experience is not the be-all and end-all of Metaphysics. The rational nature of Metaphysics raises, by virtue of the transcendental imagination, rational knowledge through concepts above the teachings of experience. Kant's Metaphysic combines the ontological with the anthropological question and also with the question as to the transcendental destiny of man. All this within the framework of what Kant himself calls "the architectonics of pure reason", which conjoin in the most complete manner Discourse, Idea, Totality and Logos in a real awakening of the mind from "dogmatic sleep".